

fiado a la experiencia, serenidad e intrepidez de Gradadillo, la suerte del combate habría sido distinta. Verdad que nada en definitiva se habría alcanzado.

JOSE GNECCO LABORDE

INVOCACION A LA PAZ

La paz, la dulce paz, es la soñada aspiración del alma humana. La busca el corazón como el ave fatigada tras largo vuelo, el blando nido oculto entre las enredaderas perfumadas de los jardines o colgado a guisa de reto contra la tempestad entre las ramas de los árboles de la montaña.

Cuando la paz despliega sus pendones acariciados por la brisa y bañados en luz purísima del cielo, y tiende su muelle alfombra sobre el territorio de la patria, los obreros del bien y del progreso se lanzan por todos los senderos, con la frente radiosa, con el corazón henchido de esperanzas y con el brazo armado para la lucha generosa en que la victoria ciñe la frente de los que combaten, con laureles no teñidos en sangre.

Donde la impía guerra había establecido sus campamentos, allí los suyos establece la industria; sobre los campos asolados erece la mies preciada, cubriendo de hermosura las desnudeces de la tierra con las ondulaciones de su manto. Donde los aceros ominosos, esgrimidos por furias salidas del averno, tronchaban las cabezas de los valientes, allí las hoces de los segadores recogen manojos de granadas espigas; y donde los hijos de una misma madre se despedazaban por el odio, allí se abrazan ahora con el ósculo de la paz. A

los cuarteles han sucedido los colegios, al «¿Quién vive?» de las avanzadas, los golpes de los martillos en las fraguas. Los talleres se abren, el sabio estudia, el poeta canta, los artistas vacian en bronce o en arcilla las concepciones de su ingenio.

Ya en los hogares campesinos no reina la turbación ni el sobresalto, ni los pobres labriegos andan por los montes perseguidos por tropas de soldados que les ponen a saco sus modestos haberés, les arrazan sus campos y sus huertos y los llevan a ellos amarrados, como a criminales, para lanzarlos al combate. Ya las vacadas numerosas pacen con libertad en los gramales y su aliento tibio y embalsamado llena el ambiente, vigoriza el pecho y hace más vibrante y sonora la voz de aquellos felices moradores de la campiña que viven en consorcio con la naturaleza y respiran la paz y la salud y el bienestar en el aire puro de las montañas. Ya los labradores se entregan sin alarma a sus cotidianas labores, y mientras los robustos mozos talañ el bosque, hacen saltar al golpe de las hachas las astillas de los maderos, rasgan con el arado el seno fecundo de la tierra, abren los surcos y depositan en ellos la simiente engendradora de riquezas; la mujer limpia diligente los granos, reparte de paso el alimento a los animales domésticos que son la riqueza del hogar y prepara la sabrosa y frugal comida, en tanto que los niños como una bendición de Dios alegran la casa con sus risas y con sus juegos inocentes.

¡Oh paz, oh dulce paz, cuántos y cuán preciados bienes traes a los hombres en los pliegues de tu flotante vestidura! ¿Qué ceguera se ha apoderado de las almas para que naciones redimidas con la doctrina y con el martirio del más dulce y más amable entre los hijos de los hombres, buspuen el logro de sus aspiraciones no en la paz que crea, sino en la guerra que,

«compañera de la muerte» quisiera exterminar por donde pasa hasta los gérmenes mismos de la vida?

Auras que descendéis de las montañas, id y decid a los colombianos cuánto de ventura les aguarda, si saben consagrar sus energías y talentos, no a las guerras civiles que los desacreditan y empobrecen, sino a las lides redentoras del trabajo y de la industria y a la explotación de las riquezas incontables ocultas en nuestras vírgenes florestas.

Pájaros cantores de las selvas que regocijáis sus toldos de verdura con siempre nuevas y no aprendidas melodías, entonad todos para que os escuchen, el himno del progreso, de la libertad y de la paz.

Abejas diligentes, id y decid a los hijos de Colombia cómo pueden, imitando vuestra afanosa actividad, labrar en los panales de las ciencias y de las artes la sabrosa miel de la civilización que embriaga de gloria a las naciones, endulza las amarguras de la vida y fortifica el corazón.

Esfemas rutilantes que surcáis el infinito azul del cielo en círculos de fuego trazados por el dedo del Omnipotente, juntad el ritmo de vuestras rotaciones incesantes a las notas del gran concierto, y vibre en todos los espacios, en los mares, en los desiertos y en las montañas, el himno que cantaron los ángeles sobre la cuna del Redentor Divino:

Hosanna a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

AQUILINO NIÑO
Canónigo

Tunja, 1919.